

MI VIDA ESCOLAR EN PRIMARIA



Inicié la primaria a los 4 años y no hice el preescolar. Ni mi madre, ni mi *maestro privado*, ni yo, concebíamos la sola noción de perder el tiempo ahí, puesto que los aspectos básicos que se trabajaban en esta etapa ya los había adquirido en casa con ayuda de este docente, un amigo de familia. Así pues, sin más preámbulo, me matricularon directamente en primer grado.

Mi primer maestra era una monja horrorosa en todo el sentido de la palabra; una mujer mayor, usaba medias anticuadísimas, ya las pueden imaginar, las que se resbalaban hasta el tobillo cada cinco minutos, por lo viejas y flojas que estaban. Mantenía a raya y en su lugar a cada alumno y de compañera fiel manejaba una regla de 75 cm. a la que le asignó el nombre de *Madre Sabiduría*, con ella corregía a todo aquel que no acataba sus órdenes. Dentro de los aspectos positivos que recuerdo de su educación fue el excelente aprendizaje de la letra script y cursiva a la vez ; de ahí puedo concluir que el educando cuanto más temprano inicie el proceso de escritura en la dos formas, mas rápido le resulta la asimilación. Dentro de este mar de cualidades, se me escapaba un detalle significativo: *ella era mi tía, uffff!!*

Imaginen los momentos terribles que pude pasar por el solo hecho de saber que ante cualquier movimiento en falso que realizase, iría donde mi madre, su querida hermana, con el chisme, y así esta me castigaría. Cabe señalar que mi madre no es de las señoras que aconsejan; es más que todo una bruja, en cuerpo de mujer. De ella hablaré a fondo en otro momento.

En segundo grado tuve a un hombre como profesor, era muy lindo y se llamaba Fabricio, sentía mucho cariño hacia él, fue quizá mi primer amor platónico, aquellos subjetivos en los que una se llena de fantasía, creyendo que cualquier suspiro que este haga, lo hace para una. Locuras de niñas. Me parece, ahora llena de la lucidez que en esa época me faltaba, que él también sentía

aprecio y cariño hacia mí. Recuerdo una anécdota en la que yo, inquieta como he sido, tiraba objetos hacia mis compañeros y en ese relajo estaba cuando, en una de tantas, el objeto dio en la cara del profesor. Lo peor no fue eso, lo peor fue que se enteró quien lo había hecho. La cara que yo tenía de susto, de preocupación y vergüenza no cabían en mi rostro. ¡Fue horrible! Ese momento es de los pocos que no olvidaré de mi vida infantil.

Cualquier docente hubiera reaccionado histérico, me castigaría, llamaría a mis padres ¿qué se yo lo qué por su cabeza pasara para compensar mi falta? Sin embargo, se dirigió hacia mí con un perfil de enojado, se inclinó y me cargó en brazos; después del susto le abracé y le ofrecí humildemente disculpas.

En tercero, no recuerdo ningún pasaje interesante, la verdad que ni la maestra con la que trabajé viene a mi memoria.

En cuarto grado, teníamos una profesora que era del propio departamento de Rivas y la escuela era en Belén, lugar donde nací y crecí; no recuerdo su nombre, pero sí que era muy bella, hermosa, y usaba unas minifaldas que al sentarse o cruzar las piernas se le veía el bloomers y de paso las hermosas piernas que tenía. Ese año pensé que algún día sería maestra como ella y en ese instante no sé si me motivaba su aspecto o ya la cosquillita pedagógica rondaba dentro de mi ser.

Luego la trasladaron a Rivas y nos dejaron a cargo de otra docente llamada Lillian Luna; era una mujer enorme, alta, elegantísima, hermosa, de carácter muy fuerte. También ella poseía un aliado fiel, inseparable, no daba clases sin él: un cinturón, grueso, muy grueso, era de hombre. Lo usaba frecuentemente con los alumnos más problemáticos y entre esa lista por fortuna no estaba yo, pero sí otros. Viene ahora a mi mente uno que le decían *Borola*, por su obesidad exagerada, con el que hizo uso de su efectivo medio metodológico. El inicio del asunto no es el detalle, pero sí el castigo que ella aplicó. Le dio en la espalda tres veces con el cinturón, con tanta ira que le reventó cada uno. Desafortunadamente ese día andaba con una camisola amarilla, de malla, y el fajazo colisionó con más fuerza en la piel. De la espalda de aquel niño brotaba sangre.

Ninguna madre se quejó nunca ante ninguna Dirección, ni autoridad, ni nada. En esos tiempos era normal que un docente se tomara estas atribuciones con sus alumnos; primero porque así habían sido educados por sus padres y maestros y formaba parte de la cotidianidad y luego porque los padres de los niños autorizaban a los maestros a que ejercieran el rol de ellos en su ausencia, delegando su responsabilidad de padre y madre al maestro.

En quinto grado había cumplido ocho años y entraba a los nueve. Todas mis compañeras eran mayores, tenían bustos, traseros hermosos, desarrolladas. A todas les venía la menstruación, menos a mí. Aun no sabía claramente qué era lo que tenían que yo no.

Un día ellas hablaban de sus novios, de lo incómodas que se sentían al andar con la regla, unas veces opinaba, otras no, guardaba silencio para no importunarlas. No hice ninguna consulta en el grupo, para no parecer tonta, pero caminé a mi casa con mucha ansiedad, deseaba que el camino se hiciera más corto. Tenía una duda y necesitaba que alguien me la aclarara. Llegué y le pregunté a mi madre: ¿qué es el metro? Ella se extrañó de mi pregunta, pero no me contestó.

Por la noche insistí en lo mismo: ¿qué es el metro? Las chicas en la escuela han dicho que es una enfermedad que les da al mes. ¿Porque yo no me he enfermada de eso? Tanta fue mi impertinencia que mi madre me explicó que no era metro, sino regla, y les venía a las mujeres a cierta edad, se debían poner toallas sanitarias y asearse constantemente. Hace algunos años consideré orgullosamente el hecho de haber entrado y salido tan precoz del colegio; sin embargo posteriormente tomé conciencia del daño irreversible que mis padres hicieron hacia mi persona. Mi vida futura fue un completo desastre. Mi crecimiento natural de niña fue interrumpido o suplantado por etapas, sin poder vivir las que me correspondían.

Cumplido ya los nueve , entraba a los diez, me sentía una preadolescente; por un lado era más grande de lo normal, así como mi cuerpo, por el otro el hecho de pasar cinco años compartiendo momentos con chicas mayores que yo, inconscientemente vivía, de manera involuntaria, una realidad que no era la mía. Los típicos temas de conversación entre las chicas eran de novios, no podía opinar al respecto (nunca había tenido uno), me limitaba la mayoría de veces a escuchar; sin embargo esto me cohibía porque ese no era mi estilo. Soy una persona con un carácter y personalidad activa y aquí debía fingir contra mi voluntad una conducta que no era la mía. Me daban ganas de jugar, ¿pero con quién? A ninguna de mis amigas le interesaba este tema, ya antes lo habían vivido. Si me incluía en otros grupos corría el riesgo de perder a mis compañeras de clase, cosa que no me convenía de ninguna manera. Al momento de formar grupos en alguna clase, si estaba de malas con ellas, no tenía con quién trabajar y no podía vivir aislada o trabajar con personas que no eran de mi agrado. Este año se convirtió en un calvario completo para mi vida, hasta el deseo de ir a clases, cosa que me encantaba, perdí. No recuerdo momentos placenteros en ese año. Estaba loca por irme a la secundaria, creí que mi vida iba a cambiar. Y si cambió.

Como me he destacado por ser buena alumna, siempre me ha encantado leer, buscar, consultar, participar y a fin de año, al momento de la promoción, me estimularon a través de un presente, junto a otras compañeras. Me sentí satisfecha y orgullosa de mis logros y mi egocentrismo comenzó a elevarse.

Me había ganado este premio con mucho ahínco.

Rosa Molina, Belén